

...LE DECÍAN TATA MUNDO

Sabor de lo eterno.

Historias de Tata Mundo,
DE FABIÁN DOBLES, 50
AÑOS DE UN LIBRO
EMBLEMÁTICO EN LA
LITERATURA NACIONAL.

El escritor Fabián Dobles creó su alter ego hace medio siglo, le decían Tata Mundo. Apareció sentado entre un grupo de gentes, atusándose el bigote en las comisuras de la boca con el índice y el pulgar de la mano izquierda. Sencillo pero cabal, mascando breva y aprovechando la quietud de la noche para largarse una de sus historias y tener a todos en vilo pendientes de sus palabras.

En la ficción de ser su amanuense, testigo de su contadero, Dobles reunió en un volumen, *Las historias de Tata Mundo*, y así le dio personaje a una voz costarricense de pura cepa.

Con este viejo pícaro y sabio, sus aventuras y andanzas o incluso historias que no le constaban por verdaderas, pudo expresar Fabián Dobles los rasgos de una identidad, los valores, los temores, las actitudes y costumbres de un pueblo.

Pero distinto al narrador de esas historias, que toma nota de lo que cuenta Tata Mundo, Fabián Dobles en realidad no se limita a prestar atención al ser y decir del pueblo costarricense, sino que lo estudia, lo comprende y lo convierte en literatura.

Su humus literario es el costarricense, pero su obra va más allá de un costumbrismo.

La primera edición de *Historias de Tata Mundo* apareció hace 50 años pero es posible que aún no haya sido considerado en su justa dimensión, no porque falten lectores, que esos siempre los ha tenido en abundancia, sino porque críticos y estudiosos no terminan de ponerse de acuerdo en ubicar este libro dentro de una corriente o grupo literario.

El autor. Fabián Dobles era un hombre apasionado, intenso. De mano franca y a ratos cascarrabias. No le ocultaba su pensamiento a nadie, hombre cabal y honesto. Consecuente con sus ideas y su forma de ver el mundo, a veces podría ser demasiado estricto consigo mismo, vehemente en sus juicios y asertos, crítico implacable del mal gusto, la superficialidad y el vivir genuflexo. Pero también entusiasta, animador de los jóvenes, generoso en afectos y cargado de humor y picardía.

Esa pasión e intensidad marcó cada momento y acción de su vida. Así abrazó la literatura, desde muy niño. Cuando llegó a la escuela ya había aprendido a leer, pero esa ventaja solo lo hizo ser más exigente consigo mismo.

Luego, decidió leerse completo el diccionario y aprendérselo de memoria. Labor titánica que nunca culminó, por dicha, pero sí le despertó un interés por las palabras, su etimología, sus sonoridades, sus consecuencias.

Asumió la literatura como un compromiso ético más que estético y no rehuyó nunca la polémica en ese sentido. Amó la vida campesina, la labor del campo, pero su erudición y amor por las letras lo definían más como un intelectual, de allí que cultivó la novela, el cuento, el ensayo y la poesía.

Fabián Dobles fue un escritor completo, conocedor del oficio como pocos, creador de un universo literario para el campesino costarricense.

Es equivocado considerarlo un autor agrarista, pues sus obras no son las de una aproximación al folclor sino las de una aproximación a la esencia del ser costarricense y a sus raíces, que, desde luego, están en el campesino. La anécdota algunas veces está supeditada a la riqueza del lenguaje, que es donde verdaderamente se expresa el autor.

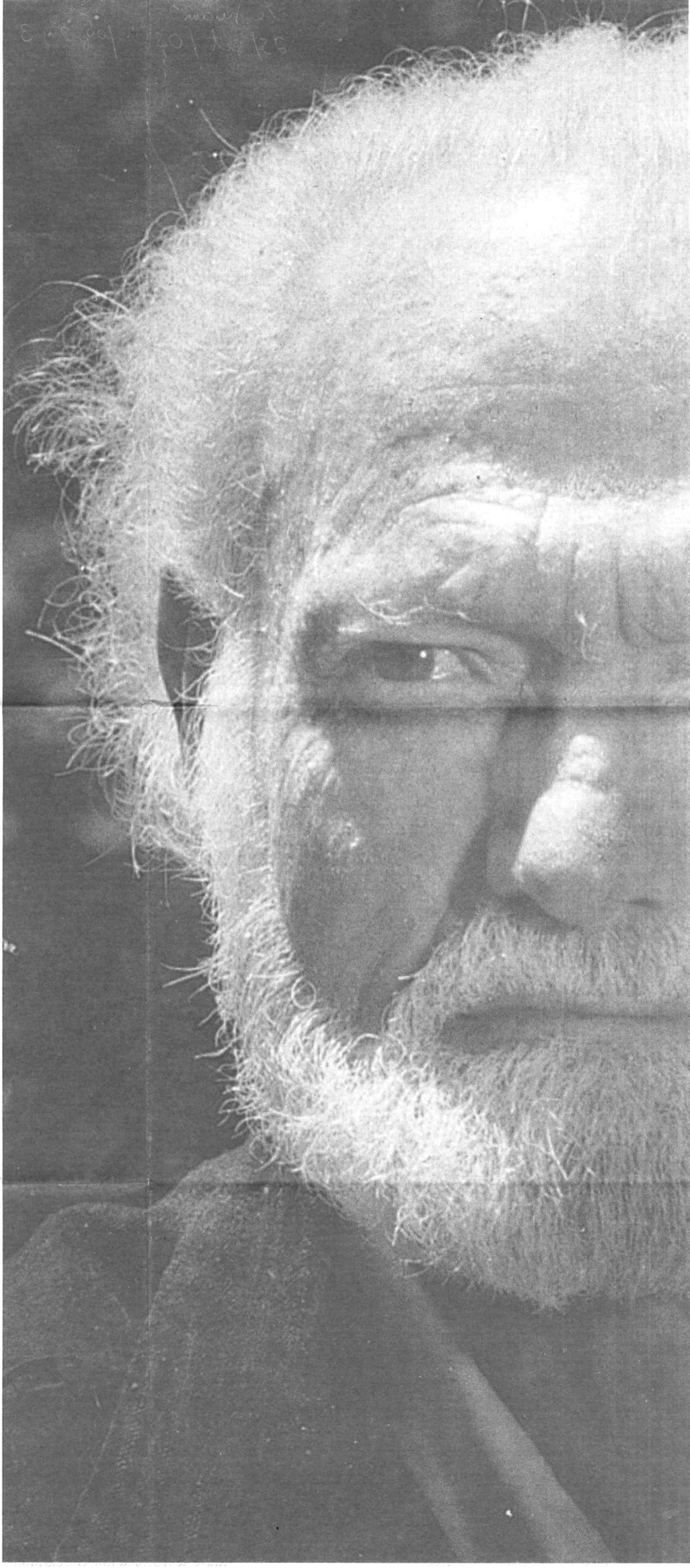
El lenguaje. Uno de los rasgos principales de la obra de Fabián Dobles es el lenguaje. Junto a exquisitas descripciones, cargadas de sentido poético que revelan el amor del autor por la tierra costarricense, está la forma de hablar de los personajes.

El escritor hace uso de apócope, contracciones y arcaísmos junto a giros lingüísticos autóctonos y particulares, para crear el lenguaje de ese campesino, pero un lenguaje donde logre expresar su idiosincrasia, su forma de hacer, más que regionalismos o costumbrismos.

No hallará el lector a un campesino ignorante, tonto o a quien le cueste expresarse, por el contrario, se trata de personajes con una riqueza de recursos, creadores de imágenes y locuaces.

Lo universal. Como escritor de la llamada generación del 40, Dobles optó por buscar la universalidad desde lo propio y en ese sentido no menospreció la riqueza literaria del campesino nacional y su drama social, a quien dedicó la mayor parte de su obra.

Para el lector costarricense es disfrutar de la cercanía, de lo conocido donde siente o presente su



CRIATURAS IMAGINARIAS

Paisano de Cervantes —no en tiempo ni en lugar, sino en el modo—, Fabián Dobles nos alegró con un lenguaje: clásico y popular, presente y antiguo. Habría

que imaginar así a don Fabián, como un Cervantes que cumplió su ilusión negada: viajar al Nuevo Mundo, donde voces de bronce americano le hablarían otra vez en español.

Sureño de hidalgo segundón no sería ya la meseta castellana de aridez sin esperanza, de llanos hechos polvo por el Sol, sino la meseta confusa de selvas, con su mar de lluvias, y, más allá, los llanos y las playas donde el verde y el azul aún buscan al pintor que los entienda.

Andantes, caballeros, uno y otro hicieron lo mismo con su gente: oírles el decir, tan fresco que se les desharía en las manos si no lo fijasen pronto por escrito. Ver, oír y escribir.

Oyendo y hablando, tan joven don Fabián que ni veinte años gastaba, y ya hombre consentido del humor, iba de puerta en pueblo, echando oídos como lazos, y “dábale a pastar a gusto los cariños” lanzando “una risa de las que se manda quedar de muestra: pura agua fresca de río”.

De los dos grandes barrios de la prosa española, Fabián Dobles habita en el de Miguel de Cervantes, no en el de Francisco de Quevedo. Este se inclina hasta caer en la concisión: “Flor con voz, volante flor, silbo alado, voz pintada” (un jilguero): cuatro metáforas y una sinécdoque en nueve palabras. Quevedo es un verbo sentencioso y rápido, como el de un hombre perseguido por el tiempo, y un extremista del sarcasmo (no del humor) y del remordimiento.

En cambio, Cervantes es plácido y largo. Con tino, opinaba Eugenio d'Ors: a Cervantes, “la lengua lo lleva, y no él a ella; pero, en ese dejarse llevar, él mismo se regala y regocija, y bien se nota que da aire y ayuda a quien lo lleva, como un buen jinete a su caballo” (*El valle de Josafat*). Igual ocurre con los meandros de la prosa de Dobles, gozosamente dichos como si trajeran ellos mismos la mañana.

Arnold Hauser halla cierto sadismo en Cervantes cuando este maltrata a don Quijote; pero, lejos de destrozos de muelas y palizas, don Miguel ama a don Quijote y, en general, a todos sus personajes. En Fabián Dobles se encuentra también ese candor —acerado por la justicia—, que lo hace mirar humanamente a sus criaturas.

La escritura de antes era un milagro que se hacía a mano; y las *Historias de Tata Mundo* son un prodigio minucioso que guarda sus secretos con descuido: arca como libro abierto para todo el que desee leer sin prisa.

Las Historias... aparecieron en libro en marzo de 1955; “*El Maijú*” y otras historias de Tata Mundo, en junio de 1957 (sumados, ambos son el libro que conocemos).

Ya en fecha tan temprana como mayo de 1957, Joaquín García Mon-



Hay algo eterno en la palabra dicha con nobleza”.

Moisés Vincenzi.

ge formuló un juicio esencial: en el libro de Fabián Dobles “interesa al lector culto el idioma en que están recogidas las historias”.

Don Joaquín lo dice: por un lado, el lenguaje artístico, personal, intencionado; por otro, el origen popular de las historias. Forma y fondo, lenguaje y argumento, se unen y se diferencian; no son lo mismo. Habría que partir de esta divergencia escolar y clásica para comprender por qué las *Historias*... son un libro universal.

Mejor dicho. *Las Historias*... no son el primer ni el último libro de nuestra tradición literaria campesina. No abren ni cierran: desbordan lo dicho y lo que estaba por decirse. Por tanto, no reside en “el asunto” el valor central del libro.

Tata Mundo tampoco inventa el lenguaje “concho”; aquí se estiliza contaminado bellamente por un hombre culto. Sin Siglo de Oro no hay Tata Mundo. Ya alguien dijo que, antes de que apareciese el conde Tolstói, no había un verdadero campesino en la literatura rusa. En algo de eso andaba Fabián Dobles. Tampoco es, pues, “la oralidad” el secreto de este libro admirable.

¿Será el secreto el dominio de la trama: el ordenar con gracia las anécdotas? No realmente pues esta artesanía vive en otros autores y hasta en el abuelo que narra historias en la plaza.

Quedaría por sospechar de la viveza (de la vida) de los personajes y del color de los ambientes. Estando —como están—, ambos valores tampoco hacen de las *Historias*... un li-

bro prodigioso. Otros autores nacionales supieron convencer con personajes y escenarios. Entonces, ¿qué?

Entonces, queda lo predicho por García Monge: el puro, creador, dorado arte de decir las mismas cosas con ingenio nuevo. Este público secreto es el dominio de las figuras literarias (o retóricas), que en Fabián Dobles es espléndido.

Las Historias... son un continuo acierto de originalidad y de belleza en el cual lo popular no resta, sino suma: “se le aprontaba el regreso”; “apenas encontré un hueco, me volví humo por él”; “como la vida da sus vueltas de carne-ro...”; “se pasó por la cara como nueve caras distintas”; “don Ciriaco se había vuelto muy viejo, y ya no le gustaban los relojes porque eran como mirarle la cara al tiempo, que ya se le hacía chiquito”. ¿Cómo oscilaba la luz de unas candelas?: “parpadeaban de sueño”. ¿Se murió?: no, “se pasó a vivir en el otro mundo”.

Sería arduo añadir citas de Tata Mundo pues tampoco es cosa de copiar el libro entero.

Solamente la presencia pródiga, variada y hermosa de figuras convierte un texto en literatura. Lo demás puede ser cuento plano, novela sosa o circular del MEP.

Como todos los grandes escritores, Fabián Dobles supo que el secreto de la prosa está en obrar en ella, los milagros de la poesía: poblarla de figuras, de las “criaturas imaginarias” —metáforas como unicornios— que llamó José Ortega y Gasset.

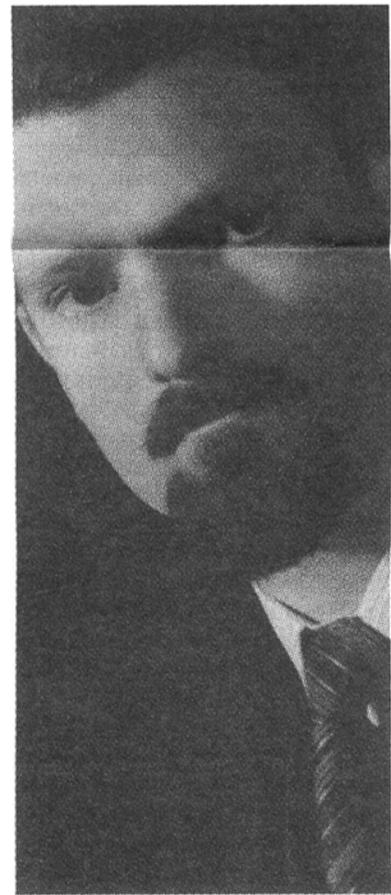
Claro está, don Fabián añadió lo que le fue inevitable: talento nato. Se nace Dobles, se nace Rafael, se nace Mozart. ¿Qué nos queda a los otros? Agradecer la excepción de que existan aquellos que nos hacen felices.

Fabián Dobles sembró así una obra maestra que aún nos desafía buenamente, árbol enorme de sombras luminosas: no del cos-tumbrismo, no del mero aquí, sino de la gran literatura escrita en español en cualquier tiempo. “¡Ah, sabrosera!”.

*VÉANSE LOS ANEXOS DE LA BELLA EDICIÓN DE LAS *HISTORIAS*... QUE LA UNED PUBLICÓ EN 1992.

Víctor Hurtado Oviedo
vhurtado@nacion.com

Fabián Dobles fue un escritor completo, conocedor del oficio como pocos, creador de un universo literario para el campesino.



sual, lo cual demuestra que la vertiente dramática también está ahí. Incluso él mismo, ya alcanzado por los años y las canas, hizo el papel de Tata Mundo en la adaptación de los cuentos *Mamita Maura* y *El Detalle*, que dirigió para el Centro de Cine, Juan Bautista Castro en 1983.

Mucho se ha dicho de que su vocación por el realismo social en sus obras y la predominancia de personajes campesinos obedece a su juventud entre los calores encendidos y los verdes aguaceros de Atenas, pero eso no es exacto.

Aunque del ejemplo de su padre, médico de pueblo, de aquellos ambulantes que vertían su juramento hipocrático en auxilio de los más necesitados, lo aproximó desde temprano a la solidaridad como sino vital, la opción de Fabián Dobles por el campesino fue, en esencia, literaria.

En obras como *Los leños vivientes*, *Una burbuja en el limbo* o su última novela, *Los años, pequeños días*, el autor opta por un mundo más psicológico, introspectivo y también ahí demuestra su fuerza de narrador. Pero sin olvidar que Costa Rica es un país agrícola, no pierde de vista la verdadera raíz del ser nacional. Aunque en la segunda mitad del siglo pasado en Latinoamérica se abandona la novela agrarista, pretender comprender y escribir sobre el ser costarricense desde una perspectiva estrictamente urbana es un error que Fabián Dobles no comete.

La mujer. Pueblitos y caseríos incrustados en las montañas por las manos de campesinos huraños por ingenuos, y sus mujeres invencibles, con hijos criados a la sombra de un tata trabajador y exigente y una madre generosa y serena, pero firme, ha hecho que algunos acusen esquemas maniqueos en algunas novelas de Fabián Dobles.

No obstante, las vigorosas mujeres del campo son un elemento claro en sus obras y quizás el ejemplo mayor es *Mamita Maura*, la abuela secular de Tata Mundo, que un día se mandó morir un lunes a las doce en punto, después de haber arreglado todos los detalles de su partida y desde el ataúd daba sus últimas indicaciones.

En sus personajes, está la figura de Fabián Dobles. La mano franca, los sentimientos intensos, la sorpresa ante las cosas simples de la vida.

Tata Mundo se fue ya pasados los idus de marzo allá por el año 97, cosposón pero enterito. A ver si aparece un día de estos, más cabreado que contento, con alguna de sus historias que haga recordar quiénes somos y quiénes hemos sido los costarricenses, y para que se dejen de vainas los tagarotes del telecé. ■

historia; para el extranjero es disfrutar el drama humano en voces y actitudes particulares pero de dimensión universal. De ahí las entusiastas traducciones de sus obras y los estudios sobre sus libros en otros idiomas, pero también el lugar de privilegio que tiene entre los lectores nacionales.

Con sus contemporáneos de la generación de 1940, opta por una obra con sentido social e histórico, que toma partido por los más golpeados por la dinámica del sistema social y económico.

El realismo social en su narrativa, sin embargo, no opaca la exigencia estética y literaria que Fabián Dobles se impone, con lo que logra que el lector nunca sienta forzados sus textos y por el contrario reconozca una proximidad casi personal.

Se presenta ahora en salas teatrales de San José una adaptación de su cuento *El Barrilete*, y varias veces han sido llevados otros de sus cuentos a las tablas o al audiovi-

